

Valeria Wagner

LITERATURA  
Y VIDA COTIDIANA

Ficción e imaginario en las Américas



Biblioteca Nueva

## PRÓLOGO

Nada de mamadas, no hay tal ficción, hay ensayo en la ficción para puesta en escena cotidiana.

PACO IGNACIO TAIBO, II, *La bicicleta de Leonardo*.

La idea de que la literatura —por la cual se suele entender la ficción, aunque en realidad el lenguaje poético también tiene un papel principal en la «puesta en escena» del presente y del porvenir— es un «ensayo» de la vida cotidiana, e incluso una forma de previsión o proyecto del futuro, no la defienden hoy día sólo personajes de novela. Claro que no hay que entender la relación entre ficción y futuro de manera determinista: las ficciones no ensayan una realidad que luego se concreta lo más fielmente posible, no son el original que se copia en la esfera de lo real. Son más bien un trabajo de investigación sobre lo posible, una manera de explorar, y a veces de mostrar, cómo lo cotidiano puede ser diferente, «otro» y preferiblemente mejor, cómo puede ser lo que no ha podido (todavía) ser, cómo no puede ser lo que parece ser, cómo no podrá ser o suceder tal cosa, pero sí muchas otras. Como dice el personaje de Taibo II, extendiendo estas consideraciones sobre lo posible a la alteridad propia de cada uno, «si para algo servía la novela era para contarnos cómo eran los otros que nosotros no podíamos ser», es decir para familiarizarnos no sólo con lo otro posible, sino también con la inasimilable alteridad. Así es como la ficción, literaria, cinematográfica o poética, puede llegar a incidir activamente en la esfera de lo vivido, y tener una importancia crítica —decisiva, incisiva— en los acontecimientos. En realidad, casi podríamos decir que la fic-

ción es inactiva sólo cuando no es leída ni conocida, como bien lo saben los que practican la censura.

Lo cierto es que, seamos o no concientes de ello, las ficciones nos «trabajan» y nos hacen, a su vez, trabajar —idea que desarrollo en la segunda parte de este ensayo—. Pero la actividad que desplieguen dependerá mucho de su recepción, de cómo serán leídas. Cuando se las considera como un pasatiempo o un material de análisis inocuo, sin consecuencias, las ficciones pueden actuar libre y «silenciosamente» sobre sus lectores/audiencia, sea benéfica o maléficamente, aleatoria o metódicamente. Podemos esperar, en cambio, que una lectura que identifique y se «sintonice» con el potencial crítico de las ficciones, logre «trabajar» con ellas y sacarles provecho. Podríamos calificar a esta modalidad de lectura de crítica, si no fuera por la metáfora de la distancia con que solemos definir la actividad crítica. En nuestro imaginario contemporáneo la crítica presupone la capacidad de distanciamiento, y en el caso de la lectura crítica, de distanciarse del texto. El lector crítico mantiene y elabora la metáfora de la distancia que lo separa de lo que lee, desentrañando así su propia subjetividad del fenómeno literario y superando la fuerza centrípeta de los relatos o del lenguaje poético que está analizando. Es posible que así el lector minimice los efectos de la ficción, pero mi impresión es que al pensar la lectura crítica en términos de una distancia metafórica al texto, la actividad crítica del texto o de la ficción pierde la fuerza que le presta su participación en los hechos, y con ella la capacidad de formular lo posible. Como dice en otro lugar el mismo personaje de Taibo II, las metáforas no son «algo directo», «flechas buscando un blanco trazado en negro en la pared», sino «un material peligroso, de doble filo.» En este caso, la flecha de la metáfora de la distancia mata dos pájaros con su doble filo, tirando al bebé con el agua del baño, como dicen en inglés.

Esta investigación comenzó con la impresión de que la lectura crítica, tal como la entendemos en función de la metáfora de la distancia, «neutraliza» el potencial de reconocimiento de la alteridad y de la posibilidad de cambio que brindan las ficciones. Se fueron planteando entonces una serie de preguntas

—¿qué es esta distancia crítica que tanto queremos establecer? ¿En qué consiste? ¿Qué significa no tenerla? ¿Por qué esta metáfora, y no otra, para caracterizar la lectura?— a las cuales no he respondido, pero de las cuales surgió la primera parte de este ensayo. Ahí delinearé algunas de las ramificaciones del imaginario sobre la lectura y la distancia en una serie de textos que han influenciado el pensamiento contemporáneo. Estos textos convergen en la relación que establecen entre la metaforización de la distancia y los genocidios que tan tristemente caracterizan a la modernidad. No quisiera, sin embargo, sugerir que hay una relación causal entre distancia metafórica y genocidios, y aún menos entre la distancia crítica de la lectura y cierto tipo de violencia. Se trata más bien de revisar la idea de que lo que llamamos lectura crítica es una expresión del progreso del humanismo. Por eso mismo es interesante que comentaristas del siglo xx como Tzvetan Todorov o Beatriz Pastor asocien el macabro proceso de la conquista de América con proceso de aprendizaje de la modalidad de lectura que hoy llamamos lectura crítica. Asimismo, es revelador que teóricos como Bajtín y Benjamin, ambos familiarizados con la violencia del poder estatal, analicen los mecanismos de acercamiento y de alejamiento, de distancia y de proximidad que generan diferentes géneros artísticos, en función de los peligros que estos movimientos pueden llegar a representar para los lectores o la humanidad. La idea es que cierto tipo de lectura o de actividad estética comparte con cierto tipo de violencia el pensarse a través del registro figural de la distancia.

La segunda parte del ensayo problematiza los límites de este registro para pensar un mundo que, retomando la fórmula de Todorov, está doblemente «cerrado», ya que el proceso que llamamos globalización elimina hasta las distancias metafóricas. Partiendo del Quijote, figura emblemática de la modernidad, y concentrándome en textos de autores suramericanos (Roberto Bolaño, Ariel Dorfman, Ricardo Piglia, Mario Vargas Llosa, Pauline Melville) que ponen de relieve la actualidad de los procesos de lectura respecto a los sucesos y polémicas de sus respectivos países, creo reconocer una alternativa al registro de la distancia en el registro del destino. No

se trata de la noción del destino como pre-destinación —que es en última instancia una forma de determinismo retrospectivo—, sino más bien de un destino que, retrabajado por los textos que lo evocan en función de las inquietudes propias de nuestra época, reposa sobre el carácter posible de lo que parece dado. Además de ser una noción poética —puesto que lo posible es justamente asunto de la poesía— el topos del destino que rescato de estos textos cobra una dimensión política muy fuerte al poner en juego la inextricable relación entre lo individual y lo colectivo (que aunque no se encarne en una colectividad específica, funciona con la noción de destino como aquello que da sentido —y dirección— a lo individual). Por eso diría que, dentro de los límites que todo registro figural debe admitir, el registro del destino permite, e incluso impone, el trato con la alteridad que el registro de la distancia, como veremos, parece negar. Sería por supuesto ilusorio pensar que basta reemplazar un registro por otro para acabar con todo acto de violencia, pero sí podemos esperar que en la medida en que se articula en función de la alteridad propia y ajena (del otro en sí mismo y de los otros seres con quienes se entrama lo social), reflexionar sobre los lazos sociales a partir del registro del destino puede ayudar a erradicar del imaginario el tipo de violencia que surge de la negación de la existencia de los demás.

En todo caso, por un concurso de lecturas y de inquietudes, este ensayo fue tomando poco a poco la forma de una serie de lecturas que rastrean la trama del registro de la distancia crítica en diferentes textos, e identifican otra trama, articulada en torno a una versión contemporánea de la noción del destino, que parece capaz de encontrarle salidas a algunos de los puntos muertos de nuestro imaginario. Los lectores sabrán si estas salidas son meras ocurrencias, ilusiones u opciones realizables.

Pude escribir este ensayo gracias a un semestre de licencia que me acordó la Universidad de Ginebra, en el marco del programa *Carrières académiques*. Agradezco además a todos aquellos que me alentaron y me ayudaron de una u otra manera a llevar a cabo este proyecto: Gladys Ambort, Martín Lienhard, Fabienne Michelet, Susana Petruzzi, Daniela Rohrer, Jenaro Ta-

lens, Daniel Wagner, y los estudiantes de los seminarios que di estos últimos dos años. Mi hija Clara y su amiga Lucie merecen un agradecimiento especial, porque mientras yo corregía las pruebas de este ensayo, ellas jugaban a corregir pruebas, con lo cual crearon las condiciones para que terminara este trabajo.

La idea de que la literatura es un «ensayo» de la vida cotidiana, e incluso una forma de previsión o proyecto de futuro, no la defienden hoy día sólo personajes de novela. Las ficciones no ensayan una realidad que luego se concreta lo más fielmente posible, no son el original que se copia en la esfera de lo real, sino un trabajo de investigación sobre lo posible, una manera de explorar, y a veces de mostrar, cómo lo cotidiano puede ser diferente, «otro» y preferiblemente mejor. Así es como la ficción –literaria, cinematográfica o poética– puede llegar a incidir activamente en la esfera de lo vivido, y tener una importancia crítica en los acontecimientos. En realidad, casi podríamos decir que la ficción es inactiva sólo cuando no circula ni es conocida, como bien saben los que practican la censura.

Los dos capítulos que componen este volumen convergen en la relación que establecen entre la metaforización de la distancia crítica y los genocidios que tan tristemente caracterizan la modernidad. No quieren, sin embargo, sugerir que haya una relación causal entre distancia metafórica y genocidios, y aún menos entre la distancia crítica de la lectura y cierto tipo de violencia. Se trata más bien de revisar la idea de que lo que llamamos lectura crítica es una expresión del progreso del humanismo. Partiendo del Quijote y concentrándose en textos de autores sudamericanos (R. Bolaño, A. Dorfman, R. Piglia, M. Vargas Llosa, P. Melville) que ponen de relieve la actualidad de los procesos de lectura respecto a los sucesos y polémicas de sus respectivos países, es posible reconocer una alternativa al registro de la distancia en el registro del destino. Sería ilusorio pensar que basta reemplazar un registro por otro para acabar con todo acto de violencia, pero sí podemos esperar que, en la medida en que se articula en función de la alteridad propia y ajena (del otro en sí mismo y de los otros seres con quienes se entrama lo social), reflexionar en los lazos sociales a partir del registro del destino puede ayudar a erradicar del imaginario el tipo de violencia que surge de la negación de la existencia de los demás.

Valeria Wagner (Rosario, Argentina, 1965) es doctora en Literatura inglesa y Literatura comparada por la Universidad de Ginebra, en la que es Maître assistante. Autora de *Bound to Act. Modes of Action, Dramas of Inaction* (1999), ha publicado asimismo artículos sobre teoría e historia literaria en revistas como *boundary 2*, *Protée*, *Das Argument*, entre otras, y colaborado en libros colectivos, como *The Ethics in Literature* (1999) y *Waste-Site Stories: The Recycling of Memory* (2002).

**BIBLIOTECA OTRAS EUTOPIÁS**

ISBN 84 - 9742 - 422 - 0



9 788497 424226

